

y los indios. Aquellos, para hacerse amigos mas dóciles y clientes mas cumplidos—*echan el agua*—(es decir bautizan) a cuantos individuos encuentran, pero sin preocuparse de lo demás. La mayor parte de los indígenas del Vichada tienen, en efecto un nombre impuesto por un racional, así como les echara el agua, ¿serán bautizados? Es casi imposible tener duda en el caso. Lo cierto es que muchos individuos así muy prontos a darle el agua a un indio, son afiliados a las sectas secretas de Venezuela y no pueden tener ninguna buena intención en este servicio que pretenden prestar a los naturales; los otros no saben ni qué cosa significa *echar el agua* y sin embargo lo hacen como por costumbre.

ALGUNAS * CONSIDERACIONES

Al emprender esta expedición y contando con el auxilio del motor, habíamos pensado recorrer no solamente el Muco y una gran parte del Vichada, como de hecho se hizo, sino tambien visitar el Orinoco y todo el curso del río Meta. La imposibilidad de encontrar marineros en el centro del Vichada y la enfermedad del R. P. Antonio Arriéndar, razón por la cual este no pudo mas hacer funcionar el motor, tales son los motivos porque no nos fué posible seguir mas adelante.

Además, las grandes distancias que se han de recorrer de a pie, los gastos enormes que ocasiona el paso de los raudales de Maipures y Ature, etc. etc. fueron razones suficientes porque se resolviese el regreso de la expedición por el camino mas corto.

Si han de servir en algo los datos recogidos en aquella y si un día se ha de visitar en la misma forma toda la región del Vichada, hago constar que para ello, es preciso disponer de un año ó año y medio; ojala sea de Junio a Junio ó de Junio a Noviembre del año siguiente y esto para aprovechar la creciente de las aguas en las partes donde es preciso tenerlas como auxiliares y el verano para recorrer las grandes dehesas.

De este informe, ¿qué conclusiones prácticas sacaremos para la misión? Nuestros superiores a quienes ello pertenece, las sacarán sin duda de acuerdo con el bien de las almas y del país.

Los indígenas del centro del Vichada y los del Muco, me parecen dispuestos a recibir toda clase de instrucción y sobre todo la de la religión cristiana, pero el carácter nómada que no se les puede quitar, la pobreza del terreno, por no decir el estado de ruina y abandono en que se encuentra toda la región no permiten el establecimiento

de una misión fija que dé alguna esperanza, sin recursos en mucho superiores a los que hasta ahora se destinan a los misiones entre indígenas. El único modo de facilitar la evangelización de esta gente es el que en tiempos anteriores ensayaron los RR. PP. Jesuitas en los resguardos de Apirí: determinar terrenos menos estériles y proporcionar a estos infelices el modo de establecerse allí resultado que talvez podrían producir visitas mas frecuentes de los misioneros en las tierras lejanas que hoy habitan y en las cuales con mucha dificultad alcanzan a mantener su vida corporal. Formar poblaciones de indígenas en la región del Vichada es una utopia de parte de aquellos quienes no la han ensayado, y una solución que contradice toda la historia pasada de aquella región.

Por si acaso se han de repetir las visitas a la región de la cual nos alejamos en este momento, es de notar que sólo se pueden hacer, con equipaje, por la vía fluvial. Para ir con seguridad de un sitio a otro, y economizar tiempo es indispensable un motor que se adapte a una embarcación hecha para él y proporcionada a la fuerza de la máquina.

Al que exigiere pruebas de lo anterior, le señalamos como argumento el de nuestra propia experiencia. En cincuenta y cuatro horas, y bajando los ríos Muco y Vichada, hasta Ibot, recorrimos con el motor, la distancia que remontando a fuerza de palancas, no se pudo salvar en menos de diez y siete días, a razón de once horas diarias, o sea ciento ochenta y siete horas de trabajo.

Tales son los datos que con el mayor gusto remite el infrascrito a V. S. Ilustrísima y a la H. Junta de Misiones de Bogotá sobre la Expedición del Meta, Orinoco y Vichada, practicada en 1917 y 1918 por los Misioneros del Vicariato Apostólico de los Llanos de San Martín; espero que Os sean de alguna utilidad y pido a Dios y a Nuestra Señora Os dignéis mirar con compasiva misericordia a aquella región, y hagáis fructificar en ella las gracias que por nuestro sagrado ministerio Nuestro Señor Jesucristo depositó en el corazón de sus habitantes.

San Pedro de Arimena, enero de 1918

JOSE MARIA SEIGNARD

S. M. M.

Todos los documentos que sirvieron para este informe reposan en el archivo del Vicariato Apostólico de los Llanos de San Martín, en Villavicencio.
N. del E.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 44

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIII

Vida sedentaria

Una mañana no fué por mí Juan Luis, y a la siguiente tampoco. Supe que de esta omisión del paseo tenía la culpa un catarro de mi amo. Días después, nueva omisión era que había trasnochado en un espectáculo y no se había podido levantar temprano. Otra vez fué el mal tiempo y otra el correo lo que no permitió montar a mi dueño. Llegó día en que dejó de salir por-

que le dió pereza; y otro, y otro, y otro sucedió lo mismo. Los días en que no había paseo llegaron a ser más frecuentes que aquellos en que lo había. En fin, a los dos ó tres meses de haber comenzado a hacerlos, mi amo no volvió a salir a caballo.

—Esta es, le decía su médico al Señor Avila, la historia de todos los enfermos a quienes se prescribe el paseo a pie o a caballo: al principio, mucho fervor y mucha puntualidad; luego se empieza a hacer demasiado caso de los estorbos que se presentan y aun a verlos venir con agrado; entran la pereza y el aburrimiento, y al cabo prevalecen los hábitos antiguos.

—Ud. tiene razón, replicaba el Señor Avila; pero no puede negarse que hacer todos los días un viaje

largo sin ir a otra cosa que a *culcar*, agotaría la paciencia de un santo; y todo el mundo ha experimentado que lo que se hace y se repite por obligación, aunque sea en si cosa placentera y sabrosa, viene a producir hastio y fastidio invencible.

Pero el Señor Avila, abrigando uno de esos propósitos que nunca se cumplen, aguardaba hallarse alguna vez en disposición de continuar haciendo ejercicio a caballo, y quería conservarme en su poder. Entre tanto yo me fastidiaba soberanamente y experimentaba en mi cuerpo los abominables efectos de la inacción. El dueño y el administrador de las pesebreras ignoraban que a un caballo que no se monta, hay que dejarlo cada día por alguna o algunas horas en li-